



PROBLEMAS DE LA REFORMA. EL *EPISTOLARIO* DE SANTA TERESA DE JESÚS COMO CRÓNICA DE GOZOS Y CONFLICTOS. LA FUERZA DE LA FE EN DIOS QUE ANIMA Y LIBERA.

La realidad en la que está inmersa Santa Teresa de Jesús la lleva a estar atenta en muchos negocios y en exceso de ocupaciones que exigían el martirio cotidiano de escribir cartas sin cuento, sobre todo ante las dificultades de una reforma acosada y amenazada por todas partes y en uno de los momentos más trágicos de su vida. Se había desatado una oleada de persecuciones que la pondrían al borde de la extinción.

Desde el 26 de junio de 1576, cuando apenas medio concluía la difícil fundación de Sevilla, la Madre Teresa se hallaba en Toledo, en una especie de confinamiento o encerramiento conventual impuesto por el Capítulo General de la Orden, celebrado en Piacenza (Italia) en el año 1575¹: *“... tráenme un mandamiento dado en definitivo, no sólo para que no fundase más, sino para que por ninguna vía saliese de la casa que eligiese para estar, que es como manera de cárcel”* (Fundaciones 27,19). Pero lo que más le preocupa y le da pena a la Santa es el malestar del Padre General Rubeo: *“Y lo peor era estar disgustado conmigo nuestro padre general, que era lo que a mí me daba pena, harto sin causa, sino con informaciones de personas apasionadas. Con esto me dijeron juntamente otras dos cosas de testimonios bien graves que me levantaban”* (Ibid).

¹ *“Cinco años después de la fundación de San José de Ávila estuve en él, que, a lo que ahora entiendo, me parece serán los más descansados de mi vida, cuyo sosiego y quietud echa harto menos muchas veces mi alma”* (Fundaciones 1,1). Después de fundar San José de Ávila el 24 de agosto de 1562 y permanecer en él este tiempo, tiene su primera salida fundacional, en la que en menos de cuatro años pone en marcha 9 fundaciones. Siete de monjas: Medina del Campo (1567), Malagón (1568), Valladolid (1568), Toledo (1569), Pastrana (1569), Salamanca (1570) y Alba de Tormes (1571); y dos de frailes: Duruelo (1568) y Pastrana (1569). Primer capítulo fundacional que cierra porque *“me mandó el padre maestro fray Pedro Fernández, que era comisario apostólico entonces, ir por tres años a la Encarnación de Ávila”* (Fundaciones 21,1). En su segunda salida fundacional, después de terminar su misión en La Encarnación de Ávila, funda cuatro conventos en menos de dos años: Segovia (1574), Beas de Segura (1575), Caravaca (1575) y Sevilla (1575). Ella misma escribe: *“Acabada la fundación de Sevilla, cesaron las fundaciones por más de cuatro años. La causa fue que comenzaron grandes persecuciones muy de golpe a los descalzos y descalzas, que, aunque ya había habido hartas, no en tanto extremo, que estuvo a punto de acabarse todo. Mostróse bien lo que sentía el demonio este santo principio que Nuestro Señor había comenzado, y ser obra suya, pues fue adelante. Padecieron mucho los descalzos, en especial las cabezas, de graves testimonios y contradicción de casi todos los padres calzados”* (Fundaciones 28,1). Se cierra pues, este segundo capítulo fundacional teresiano por razones diferentes al primero.

La presencia y la actividad avasalladora por Castilla del P. Jerónimo Tostado, enviado por el citado capítulo, con facultades de Visitador General, era para la Santa motivo de inquietud constante, sospechando en todo momento *“que el Tostado nos venía a destruir”*². Además del Tostado, hay otra figura en la escena. Se trata del Padre Hernando Maldonado, vicario provincial y prior de Toledo. La Santa acude a su Majestad, el Rey Felipe II para que ampare la descalcez amenazada, para que defienda a fray Juan de la Cruz y para que regale la tranquilidad al monasterio de La Encarnación. Ella misma nos presenta al padre Maldonado: *“Y ahora, un fraile que vino a absolver a las monjas, las ha hecho tantas molestias y tan sin orden ni justicia, que están bien afligidas y no libres de las penas que antes tenían, según me han dicho. Y sobre todo haales quitado éste los confesores (que dicen le han hecho vicario provincial, y debe ser porque tiene más partes para hacer mártires que otros) y tiénelos presos en su monasterio, y descerrejaron las celdas, y tomáronles en lo que tenían los papeles”*³.

Para colmo de males, a mediados de junio de 1577 fallecía el nuncio Nicolás Ormaneto, favorecedor y amparo de la Descalcez; y en el otoño del mismo año llegaba a Madrid el nuevo nuncio hostil, Felipe Segá, que iba a hacer todo lo contrario a su predecesor, en abierto y evidente contraste que dio pie a una de las más finas ironías de la Madre Teresa: *“Murió un nuncio santo, que favorecía mucho la virtud, y, así, estimaba los descalzos. Vino otro, que parecía le había enviado Dios para ejercitarnos en padecer”* (Fundaciones 28,3). La Santa continúa presentando al nuevo nuncio: *“Para personas perfectas, no podíamos desear cosa más a propósito que el señor nuncio, porque nos ha hecho merecer a todos”*⁴.

Y como si todo lo anterior fuera poco, no debemos perder de vista que la Santa se encuentra envuelta en aires y sospechas inquisitoriales. La vida de la Santa y su obra reformadora se van envolviendo cada vez más en mayores dificultades, problemas y hartos trabajos. Ella es la principal “enredada” en los lazos inquisitoriales que van

² Carta 245,17. Al P. Jerónimo Gracián. Ávila, 09 de agosto de 1578.

³ Carta 211,5. Al Rey Felipe II. Ávila, 04 de diciembre de 1577. Y a escasos seis días escribe nuevamente la Santa: *“Sepa vuestra reverencia que a las monjas de la Encarnación las han absuelto después de haber estado casi dos meses descomulgadas, como ya vuestra reverencia sabrá, y teníodlas muy apretadas. Mandó el rey que el nuncio las mandase absolver. Enviaron (el Tostado y los demás que le aconsejan) un prior de Toledo a ello, y absolviólas con tantas molestias que sería largo de contar, y dejólas más apretadas que de antes y más desconsoladas; y todo porque no quieren por priora a la que ellos quieren, sino a mí. Y quitáronles los dos descalzos que tenían allí puestos por el comisario apostólico y por el nuncio pasado, y hanlos llevado presos como a malhechores, que me tienen con harta pena hasta verlos fuera del poder de esa gente, que más los quisiera verlos en tierra de moros”* (Carta 214,8. A la Madre María de San José. Ávila, 10 de diciembre de 1577). A pesar de la intervención del Rey Felipe II, se sigue sintiendo el ambiente hostil y contrario para la reforma teresiana incluso en el mismo monasterio de La Encarnación. Ambiente de malestar personalizado en el nuevo nuncio Felipe Segá, el vicario general Jerónimo Tostado y el prior de Toledo Hernando Maldonado, más inmisericordes que los moros, según la Santa. Fray Juan de la Cruz es apresado.

⁴ Carta 280,3. Al Padre Jerónimo Gracián. Ávila, mediados de abril de 1579.

fundamentalmente en dos frentes. En primer lugar, se le reclamaba el libro de su *Vida*, y en segundo lugar, también se le investigaba sobre algunas acusaciones contra las monjas del convento de Sevilla, recién fundado. Otra vez, algunas de sus cartas recogen los ecos de tales rumores, calumnias y acusaciones malintencionadas. Además de perseguida, ahora la Santa es calumniada, y ella tan sensible y amiga de la verdad, que rechaza toda ficción, hipocresía y mentira, también acude a la cita inquisitorial con soberana libertad.

“Mire qué grandes son los de Dios, que responde por la verdad y ahora se entenderá ser todo desatinos. Y tales eran los que decía por ahí: que atábamos las monjas de pies y manos y las azotábamos; y pluguiera a Dios fuera todo como esto. Sobre este negocio tan grave otras mil cosas, que ya veía yo claro que quería el Señor apretarnos para acabarlo todo bien, y así lo hizo”⁵.

Finalmente, es obligado recordar, que en medio de las tormentas, calumnias, amenazas, testimonios tan infames y fuertes persecuciones, contra la Santa y su obra, ella misma anima y conforta. En medio de este mar revuelto sobresale la talla y hondura espiritual de la Santa; resalta su libertad y seguridad de conciencia con fundamento en la verdad. Su confianza y confesión de fe en el poder de Dios es incommovible; ella sabe que Dios lleva los negocios de manera providencial y en él deposita toda su confianza, y desde allí anima y conforta: *“A vuestra reverencia, mi padre, ninguna pena le dé la venida del Tostado; deje hacer a Nuestro Señor, que negocio suyo es, y de todo sacará mucho bien. Ninguna pena me da, porque veo que todos nuestros negocios parece que van agua arriba y corren mejor que los que parece van por su curso, porque va Dios mostrando su poder”⁶.*

Son años muy borrascosos los que transcurren entre 1575 y 1581 con la separación jurídica entre descalzos y calzados⁷. La Madre Teresa de Jesús no tenía unas condiciones favorables para llevar adelante su obra. No obstante, estas circunstancias personales e históricas, evidencian el grado de madurez que ella había alcanzado. Escribe desde la cima y ello le sitúa de manera privilegiada para afrontar resueltamente su obra. Situación que la capacita para superar las dificultades que va encontrando a su paso, y es realmente sorprendente la paz y la serenidad que transmite Santa Teresa, por ejemplo, en cada una de las páginas de *Las Moradas del Castillo Interior*, escritas justamente en uno de los momentos más difíciles y angustiantes de su existencia. En

⁵ Carta 101,6-7. A la Madre María Bautista. Sevilla, 29 de abril de 1576. Confrontar también las cartas 184, 6 a la Madre María de San José. Toledo, 28 de febrero de 1577 y 96,15.17, a la Madre María Bautista. Sevilla, 30 de diciembre de 1575.

⁶ Carta 178,6. Al Padre Ambrosio Mariano de San Benito. Toledo, 06 de febrero de 1577.

⁷ Cfr. Maximiliano HERRAIZ, *Santa Teresa. Maestra de espirituales*, Raxant, Madrid 1984, p. 22.

medio de ese ambiente adverso o contrario, la Santa se dispone a escribir su obra maestra y a llevar adelante a su nueva familia en la Iglesia. Esta situación es aleccionadora por sí misma, por cuanto que ayuda a comprender con mayor amplitud el valor y el mérito de la obra realizada por esta extraordinaria mujer del siglo XVI.

Santa Teresa, al igual que los grandes profetas, los santos en general y de Jesús de manera especial, como el gran modelo a seguir, experimentó dificultades, problemas, persecuciones, etc. Todo como concreción de la presencia de la cruz en el camino de la fidelidad y radicalidad cristianas. Tarde o temprano, ella (la cruz) aparece también en nuestra vida y nos hace experimentar la crisis, la encrucijada y que nos impulsan a tomar determinaciones.

En el camino de la vida de Santa Teresa de Jesús (como en el camino del pueblo de Israel y el de Jesús), se encuentran muchas tentaciones y dificultades para perseverar. En nuestra vida sucede lo mismo. El camino de la liberación pasa por desiertos, noches oscuras, que pueden impulsar a abandonar o echarse atrás, a caer en el desánimo, a acomodarse o a modificar evangélica y carismáticamente el camino.

Varios caminos (opciones) aparecen en el horizonte. Una opción es seguir lo mismo, lo rutinario y de la misma manera de siempre. Otra opción en el camino de la vida es volverse atrás, como aquel que pone la mano en el arado, pero pierde el horizonte futuro y prefiere devolverse. Un tercer camino u opción lo podemos determinar como un acomodarse al sistema para pactar una paz aparente, que lleva a ocultar los conflictos y permanecer tranquilos. Es no enfrentar las dificultades, no tomar el camino de la cruz, que tanto escandalizó, por ejemplo, al apóstol Pedro (*Mateo 16,21-23; Marcos 8,31-33*).

Otra opción de vida es ajustar, corregir y modificar el camino, para renovar todo, a la luz de los valores del evangelio y del carisma particular. En pocas palabras, digamos que cargar la cruz, entregar y perder la vida. Este es el camino que eligió Jesús. Digamos también, que eligió Santa Teresa, en sus frecuentes y permanentes determinaciones.

La espiritualidad cristiana en general y la teresiana de manera particular, ofrecen ricos y variados ingredientes para superar las etapas de dificultades, crisis, situaciones que desbaratan nuestra programación y noches oscuras, que nos ponen frente a otros paradigmas y que llegan con sus señales o signos de incertidumbre, de tensión y de inestabilidad.

Jesús, el Señor, Santa Teresa de Jesús, atravesaron "*cañadas oscuras*", días y noches terribles; además, de soportar pruebas exigentes. Cargaron sus pesadas cruces. Nos enseñan que "*todo se pasa*" y que es necesario seguir caminando con determinación y

sin parar por el mismo camino por el que caminó Jesús: *“todos llevan sus cruces, aunque diferentes; que por este camino que fue Cristo han de ir los que le siguen, si no se quieren perder... Si quiere ganar libertad de espíritu y no andar siempre atribulado, comience a no se espantar de la cruz, y verá cómo se la ayuda también a llevar el Señor, y con el contento que anda y el provecho que saca de todo”* (Vida 11,5.17).

Retomo la manera como anima y conforta la Madre Teresa en medio de las turbulencias de la vida y ante la casi inminente derrota y destrucción de su obra: *“A vuestra reverencia, mi padre, ninguna pena le dé la venida del Tostado; deje hacer a Nuestro Señor, que negocio suyo es, y de todo sacaré mucho bien. Ninguna pena me da, porque veo que todos nuestros negocios parece que van agua arriba y corren mejor que los que parece van por su curso, porque va Dios mostrando su poder”*⁸.

Nada ni nadie logró quebrar la fuerza de su fe en Dios y en sí misma. Ninguna de las dificultades logró esconder la luz de la presencia de Dios. A pesar de que todo aparecía oscuro, que era noche total, Dios la hizo superar las tinieblas. Todo parecía no tener sentido ni futuro, pero sin embargo, Santa Teresa de Jesús, era capaz de percibir las señales de la presencia de Dios aún en los hechos conflictivos y circunstancias adversas de su vida y de su obra. Experimentó hondamente que Dios la conducía y que los hechos no escapan de la mano de Dios (*“nuestros negocios parece que van agua arriba y corren mejor que los que parece van por su curso, porque va Dios mostrando su poder”*). Lo que parecía el triste final de un incendio arrasador de todo, se convirtió en el inicio y continuación de una llama festiva, alegre, purificada y purificadora. En medio de la más terrible sequía, la esperanza de una buena lluvia no muere nunca.

Mensaje claro, como lo fue toda su vida, de una verdadera y sólida fe, anclada solo en el Señor Jesús. En las dificultades, en la crisis es necesario tener fe, para que la fe no entre en crisis, para que no se vuelva añicos cuando es zarandeada por las turbulencias de la vida. La fe nos da la confianza de que siempre se puede salir adelante si estamos con Dios. Fe en el poder de Dios que se va mostrando, es creer que pase lo que pase, suceda lo que suceda, siempre es para el bien, aunque la situación se vea catastrófica en un determinado momento. La fe de Santa Teresa nos enseña que en la vida, que en el camino de la vida espiritual hay noches oscuras, épocas de desierto, acercamiento de la destrucción de ideales, pero que a la final, ayudan a crecer y a madurar.

Cuando soplan los vientos contrarios, no olvidar que contra estos, es que los pájaros del cielo y los aviones levantan el vuelo y si no existieran las rocas duras, el agua no cantaría mientras recorre el río. En medio de las situaciones adversas, en la perseverancia está

⁸ Carta 178,6. Al Padre Ambrosio Mariano de San Benito. Toledo, 06 de febrero de 1577.

todo nuestro bien: *“Harto gran misericordia hace a quien da gracia y ánimo para determinarse a procurar con todas sus fuerzas este bien; porque si persevera, no se niega Dios a nadie; poco a poco va habilitando Él el ánimo para que salga con esta victoria”* (Vida 11,4).

La fe y la confianza profundas que Santa Teresa pone siempre en Dios, tienen el peso y la fuerza suficiente para contrarrestar el peso de las adversidades, de las desgracias, problemas o dificultades que va encontrando en el camino. Su fe le hace resistir todo tipo de tempestad y vientos contrarios; su fe le daba la fortaleza suficiente para enfrentar determinadamente la situación. Su fe le da la certeza que Dios tiene la fuerza suficiente para liberarla de todo y de hacerla permanecer fiel a los compromisos asumidos.

La fe en Dios, pone a Santa Teresa en camino constante. Su fe es fuerza liberadora que la fortalece eficazmente por dentro, cuando todos los inconvenientes y dificultades tienden a debilitarla desde afuera y desde allí le atacan inmisericordemente. Por fuera, la gran santa de Ávila “parecería” vencida, pero interiormente jamás se ha dejado vencer y toda su confianza la pone en Dios.

La frecuente y permanente determinación de Santa Teresa, como actitud de vida, nos enseña que la mayor desgracia para el ser humano, para el creyente, no es propiamente la amenaza de las adversidades externas, sino el vacío que dejamos que estas abran en nuestro interior, en nuestra alma e intimidad. Más allá de todos los signos de desesperanza y que invitan a no creer, la Santa nos invita a cantar con el profeta: *“Esto revolveré en mi corazón, por ello esperaré: Que el amor de Yahveh no se ha acabado, ni se ha agotado su ternura; cada mañana se renuevan: ¡grande es tu lealtad! ¡Mi porción es Yahveh, dice mi alma, por eso en él espero”* (Lamentaciones 3,21). Es como decir, a pesar de todo, hay en el corazón algo que me hace tener esperanza.

Dios se hizo la fuerza y la esperanza de Santa Teresa de Jesús, como también lo fue para el profeta: *“mi Dios era mi fuerza”* (Isaías 49,5). Dios entra y hace un estallido que produce un renacer. Cuando Dios entra, todo cambia y se comienza a observar de otra manera. Es necesario echarse colirio en los ojos, hacer una revisión integral que ayude a arrojar fuera todo aquello que permanece en el creyente, en el carmelita, que no es de Dios.

Su arraigada fe en el Señor no permitió que Santa Teresa de Jesús cayera en el desespero por causa de las grandes contradicciones en un momento crítico de su existencia. Al contrario, siempre reconoció los signos de la presencia de Dios y esta

conciencia de que Dios siempre estaba a su lado, la anima y le hace tener el suficiente coraje para superar dichas contradicciones y dificultades.

Los dos Definitorios Generales de la Familia Carmelitana, recientemente reunidos en Aylesford (Inglaterra) nos comparten esto en la carta-mensaje enviada a toda la Orden Carmelita: *“Queridos hermanos y hermanas, salimos de Aylesford con una renovada conciencia del don de nuestra vocación y de la misión que ese don conlleva. El Señor Resucitado nos invita a no tener miedo de las dificultades, a no desanimarnos ante las inevitables pruebas y posibles fracasos. Existe en todos nosotros, pequeños y pobres, una fuerza más grande, que ha vencido al mundo. Es la fuerza del amor con la cual el Padre nos ama, es la fuerza de su Palabra y de su Espíritu que nos empujan a ir hacia el mundo, a abrirnos a todos aquellos que el Señor quiera poner en nuestro camino. Muchos hombres y mujeres nos esperan, esperan que la familia del Carmelo les manifieste la ternura de nuestro Dios. Que el Señor nos ayude a no frustrar su esperanza”*.

¿Cuál es tu actitud, tu opción, de cara a las dificultades, cruces, encrucijada o realidades problemáticas que se presentan en la vida? ¿En cuál imagen de Dios descansa o se apoya tu fe, tanto en las situaciones favorables como en las desfavorables, difíciles y contrarias? ¿De dónde te viene la fuerza para “aguantar” el dolor, el sufrimiento y las situaciones adversas en tu vida y poder resistir fielmente sin perder la esperanza, la voluntad de luchar y mantenerte en tus compromisos bautismales y/o religiosos profesados y asumidos?

P. Milton Moulthon Altamiranda, ocd
Villa de Leiva, 26 de agosto de 20124.